

Una lección de engaño



GILLIAN LARKIN

Una lección de engaño

Gillian Larkin

Una lección de engaño

Un misterio de Julia Blake (Libro 12)

Por

Gillian Larkin

Copyright 2025 por Gillian Larkin

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin permiso de la autora.

Se trata de una obra de ficción. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Esta versión ha sido traducida del inglés original utilizando AI.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

Capítulo 1

«Mamá, ya puedes soltarme».

«No. No estoy preparada. Tengo que ponerme al día con tres meses de abrazos», dijo Julia Blake mientras se aferraba con fuerza a su hijo.

Sam suspiró. «Te daré dos segundos más».

Julia dio un apretón más a Sam y luego lo soltó. Miró su preciosa cara. Hubo un tiempo en que tenía que mirarle a la cara. ¿Cuánto iba a crecer? «Pareces cansado. ¿Duermes lo suficiente? ¿Comes lo suficiente? Le pinchó el pecho. «Pareces delgado».

Sam se rió. «Si sigues así, te meteré directamente en el tren de vuelta a Leeds. Estoy bien. Todos los universitarios parecen flacos y cansados. No tienes que preocuparte tanto».

«Es mi trabajo preocuparme». Julia observó su entorno. Estaba en la estación de Edimburgo y había tardado cuatro horas en llegar. Había sido un viaje precioso, pero estaba impaciente por llegar y ver a su hijo. Le echaba mucho de menos, más de lo que él nunca sabría.

Sam cogió su bolso. «¡Vaya! ¿Qué llevas aquí? No me digas que te has traído el equipo de limpieza».

Julia apartó la mirada de él. «Puede que haya traído una o dos cosas, y mi delantal. Nunca se sabe cuándo algo va a necesitar una buena limpieza». Le devolvió la mirada. «Y te he traído chocolate».

A Sam se le iluminó la cara. «Ahora sí. Vamos a instalarte en el Bed and Breakfast. Es por aquí».

«¿Seguro que no hay ningún sitio donde pueda alojarme en tu universidad?». preguntó Julia mientras caminaba a su lado.

«No, pero algunos padres se quedan de vez en cuando, en circunstancias especiales. Se quedan con sus hijos en las habitaciones de la universidad. De verdad, mamá, no querrás quedarte en mi habitación. Está asquerosa». Sonrió mientras la miraba. «Es broma. Estarás mejor en el B y B. En la uni los estudiantes van y vienen a todas horas de la noche. No podrás dormir decentemente». Subió a una escalera mecánica.

Julia le siguió. Le encantaba tenerlo tan cerca. Sólo podía quedarse dos días en Edimburgo, pero iba a aprovechar al máximo el tiempo con Sam.

Cuando salieron de la estación a la calle principal, Sam dijo: «Tengo planes para nosotros. Podemos ir al castillo, al zoo y luego...».

«Tengo que comprar galletas escocesas de verdad», le interrumpió Julia. «Para tu abuelo. Insistió mucho».

Sam negó con la cabeza. «En Leeds venden lo mismo».

«Ya lo sé. Pero ya sabes cómo es». Julia miró hacia el castillo de Edimburgo. «¿No es precioso? ¿Cuántas veces has estado allí?».

Sam se encogió de hombros. «Nunca».

«¿Nunca? Llevas aquí seis meses».

Sam le sonrió. «He estado ocupada con mis estudios. No tengo tiempo para divertirme».

«Hmm.»

Llegaron a un cruce y Sam pulsó el botón. «En fin, hablemos de ti. ¿Cuántos cadáveres has encontrado ya? El abuelo cree que estás maldito».

«No es culpa mía seguir encontrándolos», dijo Julia con una nota de indignación.

«Pero sí es culpa tuya que sigas involucrándote en las investigaciones de asesinatos», añadió Sam, con un brillo en los ojos. «Cain me lo ha contado todo sobre tus casos. Deberías dejar tu negocio de limpieza y hacerte investigador privado».

Las luces cambiaron y cruzaron la carretera. Julia había pensado brevemente en hacerlo, pero no iba a admitirlo ante Sam.

Cuando llegaron al otro lado, Julia dijo: «¿Cuánto tiempo llevas hablando con Caín? No sabía que os hablarais».

«Somos amigos en Facebook. Me puse en contacto con él poco después de que lo contrataras. Está bien».

«No me lo ha dicho. No te has hecho amigo mío en Facebook. Sigo enviándote solicitudes».

Sam le dedicó una media sonrisa. «Mamá, la gente no se hace amiga de sus padres en Facebook. De verdad que no quieres saber lo que pasa en mi vida. Te preocuparías aún más».

Julia se detuvo en seco. «¿Qué quieres decir? ¿Qué haces?»

«Nada ilegal ni irresponsable». Sam la miró. «Tienes que dejar de preocuparte por mí. Me has educado para ser sensata. Pero estoy en la universidad, tengo muchos amigos y llevamos una buena vida social. Es normal. Yo soy normal. ¿Preferirías tenerme encerrada en casa?».

«Sí», admitió Julia. «Os mantendría a ti y a tu hermana encerradas y os mantendría a salvo».

«Creo que eso es ilegal».

«Lo es. Lo he buscado». Julia miró a su hijo a los ojos. «Intentaré dejar de preocuparme. Pero soy tu madre y siempre me preocuparé. Asúmelo».

Empezaron a caminar de nuevo. Sam habló: «Debería ser yo quien se preocupara por ti. Cain me ha contado las veces que te has puesto en peligro con tus casos de asesinato. ¿No puedes...? ¿Cómo decirlo educadamente? ¿No puedes no meterte en los asesinatos de los demás?».

Julia sonrió. «Lo intento. Pero ocurre. No hablemos de asesinatos. No me involucraré en ningún asesinato mientras esté aquí contigo».

Sam arrugó el ceño. «Hmm».

Capítulo 2

Pronto llegaron al B & B. Era agradable y estaba limpio. Cuando Julia echó un vistazo a su habitación, supo que no tendría que sacar sus artículos de limpieza.

Deshizo rápidamente la maleta y declaró que estaba lista para sus aventuras. «¿Podemos ir ya a tu universidad?», preguntó.

«No sé por qué quieres ir allí. Es aburrida».

«Quiero ver dónde has estado viviendo». Captó la mirada de Sam. «¡Vale! Soy una cotilla. No puedo evitarlo. ¿No quieres que vea dónde vives? ¿Tienes algo que ocultar?»

Sam se rió. «Como si pudiera ocultarte algo. De acuerdo, iremos allí. Pero tienes que prometerme que no limpiarás nada de mi habitación. Ni ordenar, ni quitar el polvo, ni recoger nada del suelo».

«Vale, lo prometo». Julia cogió su gran bolso y se lo puso en el hombro. Le dio unas palmaditas. «Te llevaré el chocolate».

Salieron del B & B y se dirigieron a la parada de autobús de Princes Street. El autobús no tardó en llegar y subieron a bordo.

Mientras tomaban asiento, Sam dijo: «Es un viaje de treinta minutos. ¿De qué quieres hablar?»

Julia enlazó su brazo con el de él y contestó: «De ti. Cuéntamelo todo».

Sam negó con la cabeza. «Sé cuándo estoy derrotada. Vale, tú lo has querido».

Le habló de sus estudios y de sus tutores. Estudiaba Historia y le encantaba el curso que estaba haciendo. Le habló de su alojamiento en la universidad y de cómo cada planta estaba dividida en ocho habitaciones diferentes. Cada estudiante tenía su propio cuarto de baño, pero compartían la cocina.

«Y sabes que he estado trabajando a tiempo parcial en el pub del campus», concluyó Sam.

«No hace falta que trabajes, puedo enviarte algo de dinero extra».

«Ya has hecho bastante. Necesito pagarme mis gastos. No soy la única que trabaja en el pub. Elliot también trabaja allí. Creo que ya te he hablado de él. Tiene la habitación contigua a la mía y estamos en el mismo curso de historia. Es muy divertido». Sam volvió la cabeza para mirar por la ventana, pero Julia captó su mirada preocupada.

«Sam, ¿qué pasa?»

Sam le devolvió la mirada. «Estoy preocupada por Elliot. Hace muchos turnos en el bar porque necesita dinero. Viene de un entorno pobre y sus padres no pueden ayudarle en nada. Siempre

está cansado y se ha perdido algunas clases por quedarse dormido. Su personalidad ha cambiado un poco en las últimas semanas. Siempre estaba dispuesto a reírse, pero ahora está más serio, como si tuviera algo en la cabeza. He intentado que hable, pero dice que está hecho polvo».

«¿Pero estás preocupada por él?».

Sam asintió y le dedicó una sonrisa irónica. «Debe de ser algo familiar. Elliot cubrirá mi turno esta noche. Ha insistido y me ha dicho que debería pasar tiempo contigo. Nunca viene nadie a la uni a verle, pero sé que echa de menos a su madre».

«Pobre chico. ¿Me reuniré con él más tarde?»

«Sí. Pero no le abracés ni hagas nada embarazoso».

«Como si fuera a hacerlo», dijo Julia, y luego añadió un “tut”. «Pero podría darle chocolate».

«¿Mi chocolate? Creo que no». Sam se levantó. «Ésta es nuestra parada».

Julia se levantó y siguió a su hijo por el pasillo. Había traído demasiado chocolate para Sam, no se perdería ni una tableta.

El autobús entró en el recinto universitario y Julia y Sam se apearon. El autobús se alejó.

Julia miró a su alrededor. «Oh, es precioso. No esperaba ver tantos árboles. Y mira a todos esos estudiantes. A lo suyo, con sus carpetas y sus libros. Y mira qué edificios tan bonitos».

«Mamá, deja de hacerte la rara».

«No puedo evitarlo. Me habría encantado ir a la universidad».

«Todavía puedes. Aquí tienen estudiantes maduros», le dijo Sam.

Julia arrugó la nariz. «¿Desde cuándo soy madura? No contestes a eso. ¿Dónde está tu habitación?»

«Por aquí». Sam la llevó por un camino y atravesó un pequeño parque.

Julia sonrió mientras caminaban, sin importarle parecer una tonta. Se arrepentía de no haber ido a la universidad. Pero estaba contenta con la vida que tenía. Tenía su propio negocio y siempre había estado ahí para sus hijos. Había sido duro cuando su marido los había abandonado, pero ella había seguido adelante.

Caminaron hacia un bloque de apartamentos de color pálido. Tenía tres plantas.

Se detuvieron ante la puerta principal y Sam rebuscó en el bolsillo. Sacó una llave y la levantó. «Es una llave provisional para ti. Tendrás que devolvérmela antes de irte o tendré problemas. No sé por qué necesitas una llave de repuesto, pero sé cómo eres». Me la entregó.

«Gracias. Seguro que no la necesitaré».

Sam utilizó su propia llave para entrar en el edificio. Acompañó a Julia a su habitación y abrió la puerta.

Julia se llevó las manos a la cara y soltó un grito ahogado.

Capítulo 3

Sam entró en su habitación, se cruzó de brazos y le dirigió una mirada de suficiencia. «Sí, lo sé».

Julia se apartó las manos de la cara. Sus ojos se abrieron de par en par al contemplar la escena. «Está ordenado. Y limpio. Y huele bien».

Sam levantó un dedo. «Esto no es sólo por ti, mi habitación tiene este aspecto todo el tiempo. Me has enseñado bien, madre».

Julia sintió un pinchazo en los ojos y parpadeó rápidamente. Su hijo ya era mayor y responsable. Ya no la necesitaba.

La sonrisa de Sam se desvaneció. «Pensé que te alegrarías. ¿Qué te pasa?»

Julia resopló y murmuró: «Nada. Has hecho un buen trabajo».

«Mamá, ¿puedes prepararnos una taza de té? Nadie prepara el té como tú».

Julia se animó. «Siempre sabes qué decir». Se palmeó el bolso. «He traído tus bolsitas de té favoritas. ¿Dónde está la cocina?»

«Al final del pasillo. Hizo una mueca. «Quizá quieras pasar un trapo por ahí, es bastante asqueroso».

Julia se animó aún más y giró sobre sus talones. «Volveré enseguida».

Ya estaba buscando en el bolso su limpiador casero de limón cuando entró en la cocina.

Había dos personas en la cocina. Se giraron y sonrieron a Julia cuando entró en la habitación. Julia supuso que eran madre e hija, pues ambas tenían los mismos ojos marrones.

La mujer mayor era corpulenta y tenía algo de sobrepeso. Se apoyaba mucho en un bastón. Levantó la mano libre en señal de saludo. «¡Hola! ¿Tú también has venido a visitar a tu bebé?»

La joven que estaba a su lado soltó una mueca. «No soy un bebé. Ojalá dejaras de llamarme así, mamá».

La mujer se rió. «No puedo evitarlo, siempre serás mi bebé».

Julia sonrió. «Sé cómo te sientes. He venido a ver a mi hijo, Sam».

La joven asintió. «Sí, lo sé Sam. Tengo la habitación al final del pasillo».

La mujer mayor miró con cariño a su hija. «Has hecho muchos amigos desde que estás aquí, Melissa. Estoy muy orgullosa de ti. Pero sigo pensando que estás demasiado delgada. No comes lo suficiente».

Melissa dio un fuerte suspiro y se cruzó de brazos. «Mamá, no empieces otra vez».

Su madre negó con la cabeza. «No puedo evitarlo. Soy tu madre. Siempre me preocuparé».

Julia dijo: «Hablas como yo. ¿Te preparo una taza de té?».

La mujer mayor dio un paso adelante. Julia captó el siseo de dolor que se le escapó. Melissa también debió de oírlo, porque se puso al lado de su madre y le dijo: «Tranquila, mamá».

Su madre hizo un gesto despectivo con la mano. «No armes jaleo, cariño». Miró a Julia. «Gracias por el té, pero ya nos íbamos. Ha sido un placer conoceros».

«Igualmente». Julia observó a la pareja salir de la cocina. Se alegró de no ser la única madre preocupada por su hijo. Empezaba a pensar que le pasaba algo por preocuparse tanto. Pero no, era algo normal entre las madres. Asintió satisfecha y cogió la tetera.

Mientras hervía, Julia sacó sus utensilios de limpieza y limpió rápidamente la mesa y las superficies de trabajo. La cocina necesitaba una limpieza a fondo, pero ella no estaba aquí para trabajar, sino para pasar tiempo con su hijo.

Julia se preparó dos tazas de té y volvió a la habitación de Sam. Él estaba al teléfono cuando ella entró.

«Sí, ¿estás segura? Siempre puedo hacer unas horas si cambias de opinión. De acuerdo, hasta pronto». Terminó la llamada. «Era Elliot. Quería asegurarme de que seguía bien para cubrir mi turno. Ahora está en el pub, haciendo la ronda del mediodía. ¿Quieres ir a verle dentro de un rato? Puedes darle mis chocolatinas si quieres, no me importa».

Julia le tendió una taza. «Tomemos esto primero. He conocido a una de tus amigas, Melissa».

Sam puso mala cara. «Yo no la llamaría amiga. No es mi tipo de persona. Que no se entere su madre, pero siempre se salta las clases. Ni siquiera creo que quiera estar aquí».

Julia se sentó en la cama de Sam. «Es una pena». Dio un sorbo a su té y suspiró contenta. «Sam, ¿quieres estar aquí? ¿Te he obligado a ir a la universidad?»

«Claro que quiero estar aquí. Me encanta». Bebió un trago. «Mamá, ¿qué haces para que el té sepa tan bien? Sabe a casa».

«Le pongo amor», dijo Julia y le guiñó un ojo.

Sam se rió. «Ya estás otra vez rara. Levántate y nos vamos al pub».

Julia así lo hizo y salieron del edificio de Sam diez minutos después. Caminaron por los senderos del campus hasta llegar a una hilera de edificios comerciales.

Julia divisó el pub. «¿El Thistle Arms? No sabía que los cardos tuvieran brazos».

«Creo que se supone que es irónico. Sirven comida. Hacen unos sándwiches tostados estupendos. Pediré un par». Puso la mano en el brazo de Julia mientras ella buscaba su bolso. «Yo invito. Puedo permitirme derrochar de vez en cuando».

A Julia no le hizo ninguna gracia, pero asintió con la cabeza.

Entraron en el bar. Era luminoso y alegre, con muchas mesas y sillas esparcidas. Había gente joven por todas partes y, de repente, Julia se sintió mucho más madura.

Siguió a Sam hasta la barra.

«Hola, Elliot. Quiero presentarte a mi madre».

Julia dirigió su atención hacia el joven que estaba detrás de la barra. El corazón le dio un vuelco. Sabía que tendría que romper la promesa que le había hecho a Sam de no meterse en la vida de Elliot.

Capítulo 4

Julia se quedó boquiabierta al contemplar a la criatura zombi que tenía delante. El pelo y la ropa oscuros de Elliot parecían no haberse lavado en días. Las ojeras eran moradas y su piel pálida era casi translúcida. Sintió que Sam le daba un codazo y cerró la boca.

Elliot extendió una fina mano por la barra. «Encantado de conocerla, señorita Blake. Sam habla de ti todo el tiempo». Le sonrió y parte del cansancio desapareció de su rostro.

Julia le devolvió la sonrisa y le cogió la mano. Luchó contra el impulso de tirar de su delgado cuerpo por encima de la barra y llevarlo al restaurante de comida rápida más cercano. «Hola, Elliot. Llámame Julia. Sam también me ha hablado de ti. ¿Estás segura de que quieres cubrir su turno esta noche? No me importa que trabaje».

Elliot se rió y retiró la mano. Hizo un gesto dramático con los ojos. «Sam dijo que eras una preocupona. No tienes que preocuparte por mí, sé cuidarme sola. Llevo años haciéndolo». Su mirada se desvió hacia alguien que estaba detrás de Julia y su expresión se ensombreció. «No a todos nos tiran el dinero, algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida. ¿Qué os pongo?

Sam pidió bebidas y comida para los dos.

«Sentaos, os traeré el pedido», insistió Elliot.

Sam pasó el brazo por el de Julia y la arrastró lejos de la barra. Siseó: «Deja de mirarle así. No es un cachorro perdido». La condujo hacia una mesa de la esquina. Se sentaron.

Julia frunció el ceño. «¡Pero parece tan cansado! Parece como si no hubiera comido una comida decente en semanas. Cuéntame más cosas de él».

Sam se encogió de hombros. «No hay mucho que contar. No habla mucho de su vida privada. Sé que lo ha pasado mal en casa y que le costó mucho conseguir las cualificaciones necesarias para venir aquí. Tiene constantes problemas de dinero. Creo que envía dinero a su madre».

Julia miró hacia la zona del bar. «No debería mantener a su madre. Debería concentrarse en sus estudios. ¿Qué podemos hacer para ayudarle?

«Nada. No es asunto tuyo, mamá. No te metas. Hace unas semanas intenté ayudarle con dinero, pero se puso muy desagradable y dijo que no aceptaba caridad».

Julia apartó la mirada de la barra. «¿Por qué no le invitas a nuestra casa la próxima vez que vuelvas? Así al menos podré darle una comida decente».

«Lo haré. Hablemos de otra cosa».

Charlaron de otros asuntos durante un rato. Dejaron de hacerlo cuando Elliot se acercó con las

bebidas y la comida. Julia le dio las gracias demasiadas veces y Elliot pareció avergonzado y murmuró: «Sólo hago mi trabajo».

Julia insistió en dejarle una propina enorme antes de que salieran del pub. Le puso el billete en la mano y salió corriendo del bar antes de que él pudiera protestar.

Sam negó con la cabeza.

Julia ignoró su mirada. «¿Qué vamos a hacer ahora?

«Voy a enseñarte cómo es la vida en la universidad», dijo Sam con una sonrisa.

«Vale». Julia le dirigió una mirada insegura. «No estoy segura de que me guste cómo suena eso».

Sam se rió y enlazó su brazo con el de ella.

Pasaron el resto del día reuniéndose con los amigos de Sam por el campus. Julia pronto perdió la noción de quién era quién. Más tarde, Sam y un grupo de amigos insistieron en llevar a Julia al centro de Edimburgo. En cuanto llegaron al centro de la ciudad, llevaron a Julia al pub más cercano y le invitaron a una pinta de cerveza.

«¡No puedo beberme una pinta! Y ni siquiera son las seis», protestó Julia.

Los estudiantes hicieron caso omiso de sus protestas. Sam le dijo que se relajara y disfrutara. «Para variar, ponte tú primero, mamá. Todos mis amigos no paran de decirme lo estupenda que eres. Les encanta tenerte aquí. Relájate. Diviértete».

Julia intentó beberse la pinta. Apenas había empezado, todo el mundo estaba listo para ir al siguiente bar. Intentó por todos los medios seguir el ritmo de los jóvenes, pero tuvo que dejarlo por esa noche, cuando dijeron que iban a una discoteca.

Sam insistió en acompañarla de vuelta a su B & B. Se rió mientras leía un mensaje en su teléfono. «El abuelo quiere saber si ya has encontrado algún cadáver. ¡Ja! Qué gracioso es».

«Los cadáveres nunca tienen gracia», respondió Julia. «No te quedes hasta muy tarde, Sam».

«No lo haré. Gracias por estar aquí, mamá. Sé que no te lo digo a menudo, pero te quiero y te echo de menos». Se agachó y la rodeó con los brazos.

Al cabo de un momento, Julia dijo: «Ya puedes soltarme».

Sam la soltó y la saludó alegremente con la mano mientras se alejaba.

Julia lo observó y trató de ignorar los sentimientos de inquietud que revoloteaban en su estómago. Tenía la sensación de que algo terrible iba a ocurrir.

Suspiró y entró en el B & B. Estaba siendo tonta. Probablemente sólo estaba cansada.

Capítulo 5

Julia no durmió bien y se levantó temprano a la mañana siguiente. Decidió pasar por un supermercado cercano antes de volver a la universidad. Ayer se había dado cuenta de que la nevera de la cocina común estaba casi vacía. Compró beicon, huevos, leche y pan. Luego añadió algo de fruta. Casi estuvo tentada de comprar pastillas de vitaminas para los estudiantes, pero se resistió.

Con las pesadas bolsas de la compra, se dirigió a la parada del autobús y pronto estuvo de camino a la universidad.

Se preguntó a qué hora habría vuelto Sam a su habitación anoche. Y luego se preguntó si Elliot habría dormido bien. Pobre chico. Necesitaba que alguien cuidara de él. Sacudió la cabeza. Como había dicho Sam, Elliot no era asunto suyo.

El campus universitario estaba inquietantemente silencioso cuando Julia bajó del autobús. No vio a nadie mientras caminaba por el recinto. La situación le recordó un programa de televisión que había empezado a ver la semana pasada. Era sobre zombis que se escondían durante el día. Estaba demasiado asustada para seguir viendo el programa. Su imaginación ya era bastante activa, no necesitaba empezar a imaginarse muertos vivientes por todas partes.

Julia entró en el bloque de alojamiento de Sam. Allí también había silencio. Fue a la cocina y guardó sus provisiones. Cogió la tetera. Le prepararía a Sam una taza de té fuerte. Tenían planes para hoy, no podía dejarle dormir todo el día. Quizá también le apeteciera un bocadillo de beicon. Nunca había rechazado uno.

Mientras Julia cogía el paquete de beicon, se le ocurrió otra cosa. Probablemente Elliot también apreciaría un bocadillo de beicon y una taza de té. Sonrió para sí. Parecía una buena idea. Su sonrisa vaciló. ¿Y si era vegetariano? Quizá debería preguntarle primero.

Salió de la cocina y caminó por el pasillo hasta la habitación de Elliot. Sam se lo había indicado ayer. Llegó a la habitación de Elliot y llamó suavemente. Esperó. No hubo respuesta. Acercó el oído a la puerta. No oyó ningún ronquido. Volvió a llamar. Seguro que no podía haber salido a trabajar tan pronto.

A Julia le empezó a sudar la frente y le volvió aquella horrible sensación de presentimiento. Probó el picaporte. La puerta se abrió y Julia entró.

Las cortinas estaban echadas y la habitación estaba a oscuras.

Eso no impidió que Julia viera el cuerpo en el suelo.

El cadáver de Elliot.

Capítulo 6

Julia se quedó paralizada mirando el cuerpo sin vida. Había visto cadáveres antes, pero aún así se sorprendió al ver al joven que tenía delante.

Entró lentamente en la habitación y se agachó junto a Elliot. Le puso la mano en el cuello. No tenía pulso y su piel estaba fría.

Las lágrimas empezaron a resbalar por el rostro de Julia mientras le comprobaba la muñeca. No tenía pulso.

Julia se quitó las lágrimas y se enderezó. Cogió el teléfono y llamó a la policía. Ya había hecho llamadas similares demasiadas veces. Les dio todos los detalles y le aseguraron que la ayuda estaba en camino.

¿Ayuda? Nadie podía ayudar a Elliot ahora.

Julia guardó el teléfono y se secó aún más lágrimas. No podía dejar de llorar.

Observó la escena que tenía delante. La habitación de Elliot no estaba tan ordenada como la de Sam. Tenía libros esparcidos por todas partes. Miró a Elliot. Estaba vestido con la ropa que le había visto la noche anterior, así que parecía que no se había acostado.

Elliot estaba tumbado en el suelo, junto a su mesa de estudio. Tenía una taza volcada a su lado y una mancha reciente en la alfombra junto a la taza. ¿Había bebido Elliot de la taza antes de morir? ¿Había algo en la taza que hubiera causado la muerte de Elliot? ¿Le habían envenenado?

La mente de Julia estaba desbocada, pero no pudo evitarlo.

Dio un paso atrás con cuidado y volvió a examinar la escena. La puerta estaba abierta, así que cualquiera podría haber entrado en la habitación de Elliot. No veía signos de lucha. Echó otro vistazo rápido a Elliot. No le vio ninguna herida ni sangre.

Seguía llorando. Julia sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Olfateó. ¿Qué era ese olor? Movié la cabeza de izquierda a derecha. Sin duda había un ligero aroma a algo. Era un perfume que había oído recientemente. ¿Quién había estado en esta habitación con Elliot?

Dio un respingo al oír una tos educada detrás de ella. Se volvió y vio a un hombre trajeado que la miraba. Tenía un bigote espeso y una cintura gruesa. El hombre era mayor que ella y tenía una expresión seria. Enseguida supo que era un agente de policía, tenía ese aire oficial.

Levantó las cejas y dijo: «Buenos días, soy el inspector Thostlewaite. ¿Eres tú quien ha llamado a la comisaría?».

Julia asintió. Le sorprendió su acento. Esperaba un marcado acento escocés, pero él hablaba en

un tono de Yorkshire, y bastante amplio. Julia le dijo: «Sí, soy Julia Blake y...».

El inspector Thostlewaite resopló sorprendido. «¡Julia Blake! ¡No la Julia Blake! Caray. Lo he oído todo sobre ti, cariño. Nunca pensé que llegaría a conocerte. Desde luego, no por estos lares. Ja!»

Julia frunció el ceño. «¿Cómo dices? ¿Nos conocemos?»

El rostro de la inspectora Thostlewaite esbozó una sonrisa. «Trabajé en Leeds con la inspectora Clarke durante años. Seguimos en contacto. Me lo ha contado todo sobre ti y tus intromisiones. Se reirá mucho cuando le diga que estás en mi zona».

Julia se enfadó. «Nunca me entrometo. Y no me he metido a propósito. Simplemente estaba aquí visitando a mi hijo y me encontré con el cadáver de este joven».

El inspector Thostlewaite levantó la mano. «¡Vaya! Baja la voz. Clarke dijo que eras del tipo histérico. Tendré que enviarle un mensaje sobre esto». Sacó el teléfono.

Algo en Julia se quebró. «No se trata de mí. Es un asunto serio. ¡Este encantador joven del piso está muerto! Su puerta estaba abierta y hay una mancha sospechosa a su lado».

El inspector colgó el teléfono y estudió a Julia un momento. «Soy consciente de que hay un cadáver detrás de usted, señora Blake. Por favor, cálmese. Comprendo que esto debe de haber sido un shock para usted. ¿Podría salir de la habitación, por favor? Uno de mis agentes le tomará declaración». Su bigote se crispó en una esquina. «Ya conoces el procedimiento».

Julia apretó los labios, mantuvo la cabeza alta y pasó junto al inspector.

Sam esperaba en el pasillo, fuera de la habitación. Tenía el pelo alborotado y la cara pálida. «¿Mamá? ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a Elliot?»

Julia se adelantó y cogió a su hijo en brazos.

Capítulo 7

Julia no había visto llorar tanto a Sam desde que se cayó de la bicicleta cuando tenía nueve años. Lo llevó a su habitación y lo abrazó hasta que se le pasaron los sollozos. Le dio un pañuelo y él se sonó la nariz ruidosamente.

Uno a uno, los demás estudiantes del bloque de alojamiento entraron en la habitación de Sam. Encontraron varios lugares donde posarse. Todos tenían la misma expresión de asombro. Julia hizo todo lo posible por tranquilizarlos. Repartió pañuelos y dio abrazos cuando fue necesario.

Un amable agente de policía llegó a la habitación con provisiones de té y café. El agente les explicó que nadie podía entrar en la cocina hasta que el equipo de investigación hubiera terminado. También les dijo que todo el mundo tenía que quedarse donde estaba hasta que se tomaran declaraciones.

Cuando salió de la habitación, uno de los estudiantes dijo en voz baja: «¿Crees que se suicidó? Alguien de mi antiguo colegio conoce a alguien que lo hizo. La presión era demasiado para ellos».

Sam negó con la cabeza con vehemencia. «No. Elliot nunca haría eso».

«¿Cómo murió entonces?», insistió la estudiante.

Julia guardó silencio. No quería involucrarse en la discusión.

La joven que Julia había visto ayer en la cocina habló: «Apuesto a que lo asesinaron. Y yo apuesto a que fue Vicky».

Sam estalló: «¡Melissa! ¡Tú no sabes nada! Cállate».

Melissa acercó su bebida. «Sólo digo que Siempre estaban discutiendo por algo. Anoche estuvo en su habitación. Mi madre les oyó discutir. Probablemente Vicky fue la última persona que lo vio». Lanzó a todos una mirada de satisfacción, como si lo hubiera resuelto todo.

Julia se volvió hacia Sam y le preguntó: «¿Quién es Vicky?».

«Vicky Edwards», contestó Sam. «Es la novia de Elliot. También trabaja en el pub, estaba allí ayer cuando fuimos».

Julia apretó los labios mientras un pensamiento se disparaba en su mente. El perfume. Lo había notado ayer en el bar. Era el mismo perfume que había notado en la habitación de Elliot. ¿Era el perfume de Vicky?

Melissa no había terminado. «Ya no era su novia. Lo dejó ayer. Dijo que estaba harta de que Elliot trabajara todo el tiempo y no le prestara suficiente atención. Ya sabes cómo es Vicky, tiene

que ser el centro de atención».

Sam se puso en pie y señaló a Melissa. «¡Tú no sabes nada! Cierra el pico!»

Alguien más habló: «Sam, anoche las oí discutir en el pub. Fue después de que te fueras con tu madre. Vicky le dijo a Elliot que se había acabado».

Sam se hundió de nuevo en la cama. Dijo en voz baja: «Eso no significa que Vicky tuviera algo que ver con la muerte de Elliot».

Melissa dijo: «¿Qué hacía ella en su habitación anoche? Si él se suicidó, ella debió de hacer algo que le molestó».

Julia puso la mano sobre el puño cerrado de Sam y dijo: «Sam, aún no sabemos cómo murió Elliot. Nadie lo sabe».

Melissa les dirigió una mirada de suficiencia y dijo: «Si fue asesinado, entonces el asesino sabe cómo murió».

Un agente de policía entró en la sala y les dijo que estaba listo para tomarles declaración.

Julia dijo en voz alta: «Melissa, creo que deberías ir tú primero. Parece que tienes mucho que decir».

Melissa echó otra mirada cómplice a la sala antes de marcharse.

Cuando se hubo ido, los demás alumnos empezaron a murmurar entre ellos. Sam contuvo las lágrimas y preguntó si Julia estaba bien.

Ella le pasó el brazo por los hombros y dijo: «Estoy bien. Saldremos de ésta. Dejémoslo todo en manos de la policía. Ellos lo resolverán».

Capítulo 8

Pasaron otras dos horas antes de que la policía permitiera a Julia y Sam salir del bloque de alojamiento.

Julia le dijo a Sam: «Sé que no te apetece hacer turismo, pero vayamos al castillo de todos modos. Te vendrá bien alejarte de aquí».

Sam no estaba seguro, pero Julia insistió y le dijo que la policía tenía sus números de teléfono por si los necesitaban. El inspector Thostlewaite también les había dado su tarjeta de visita.

Cogieron el autobús a Edimburgo y Julia llevó a Sam a un café. A pesar de su dolor, Sam se las arregló para tomar un desayuno completo. Julia sólo pudo comer una tostada.

Después del desayuno subieron al castillo. Pasaron allí unas horas y Sam pronto se quedó absorto en la historia del castillo.

Después de echar un buen vistazo, fueron a un pequeño café a tomar una taza de té revitalizante. Sam dijo que se moría de hambre, así que Julia le pidió una lasaña.

Llegó la comida y Sam se la devoró. El móvil de Julia emitió un pitido y recibió un mensaje. Lo leyó, soltó una carcajada y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

«¿Quién era? preguntó Sam.

Julia frunció los labios y respondió: «Tu abuelo. Vuelve a hacer el tonto».

Sam sonrió. «¿Qué ha dicho ahora?»

Julia volvió a sacar el móvil y leyó de nuevo el mensaje. «Dice que se ha enterado por las noticias de la sospechosa muerte de Elliot y que sabía que yo estaría implicada. Dice que la maldición ha vuelto a atacar. Ha enviado algunos enlaces a personas de Internet que pueden deshacerse de las maldiciones». Sacudió la cabeza. «Es sólo una coincidencia que esté aquí cuando alguien ha muerto en circunstancias sospechosas».

Sam soltó una sonora carcajada. «Pero el abuelo tiene razón. Atraes estas situaciones. Eres como esa mujer que siempre ves en la tele. La que va en bici a todas partes».

¿Jessica Fletcher, de «Asesinato, ella escribió»? No me parezco en nada a ella. No tengo bicicleta». Julia frunció el ceño al recibir otro mensaje. «Tu abuelo me pregunta si he molestado a alguien en el pasado, a alguien místico que pudiera haberme hechizado. Dice que conoce a alguien en el bar al que han maldecido por tener una vejiga dudosa».

Sam dijo: «No creo que sea una maldición, mamá. Creo que es bueno que te involucres en casos de asesinato. Te preocupas por la gente y sigues interfiriendo hasta que cogen a su

asesino».

Julia se burló. «Yo no interfiero, a veces ayudo a la policía».

Sam se recostó en la silla y se cruzó de brazos. «Bueno, lo llames como lo llames, creo que deberías implicarte en el caso de Elliot. No creo ni por un segundo que se suicidara. Eso significa que alguien lo asesinó. Y vamos a averiguar quién lo hizo».

«No estoy seguro de eso. Deberíamos dejar la investigación a la policía».

«Sólo les estamos ayudando», dijo Sam con una sonrisa. «Dime qué observaste en la habitación de Elliot cuando entraste».

Julia se removió en el asiento. «No quiero disgustarte».

«No me pasará nada. Sé que quieres hablar de ello».

Julia asintió. «Vale. Te lo contaré. Y yo te hablaré del perfume que noté».

Sam pidió más café mientras Julia empezaba a contarle la escena de la habitación de Elliot. Sam escuchó atentamente e hizo preguntas de vez en cuando.

Julia terminó diciendo: «Parece que Vicky pudo estar anoche en la habitación de Elliot. ¿La conoces bien?».

Sam se encogió de hombros. «No tanto. A mí me pareció bastante simpática. Aunque era un poco pegajosa, siempre enviando mensajes a Elliot y queriendo saber dónde estaba y cuándo iba a verla la próxima vez. Discutían, pero todo era unilateral. Era Vicky la que gritaba. Elliot siempre la calmaba».

«¿Dónde crees que estará Vicky ahora?».

Sam consultó la hora en su teléfono. «Ahora tiene que hacer un turno en el pub. Pero puede que no esté allí si la policía le ha informado de la muerte de Elliot. De todos modos, podemos ir a comprobarlo al bar. Podríamos hablar con otras personas sobre Elliot y ver cómo estaba anoche».

«Buena idea». Julia terminó su café y se levantó. «¿Estás segura de que te parece bien?».

Sam contestó: «Puedo revolcarme en la pena o puedo hacer algo para ayudar a Elliot».

Julia esperaba que no se arrepintiera de aquellas palabras. ¿Y si habían asesinado a Elliot? ¿Y si había sido alguien que Sam conocía?

Capítulo 9

Sam y Julia volvieron a la universidad. El campus estaba mucho más concurrido ahora, pero se respiraba un ambiente tranquilo.

Se dirigieron al pub y entraron. La misma atmósfera sombría les recibió cuando se acercaron a la barra.

Sam enarcó las cejas y miró a la joven que estaba detrás de la barra. «¡Oh! Hola, Vicky, no creía que estuvieras trabajando».

Vicky les dedicó una sonrisa tensa. «¿Por qué no iba a trabajar?

«Por culpa de Elliot. Lo conoces, ¿verdad?». preguntó Sam.

Vicky parpadeó rápidamente e hizo su sonrisa un poco más grande. «Sí, lo conozco. ¿Qué te pongo?»

Sam alzó la voz: «¿Eso es todo lo que tienes que decir? Era tu novio. ¿No estás enfadada?».

Vicky se encogió de hombros y apartó la mirada. «Nunca fuimos nada serio. Ayer nos separamos. Le vi anoche, aquí en el bar, y acordamos poner fin a las cosas».

«¿Le viste después? ¿Fuiste a su habitación anoche?» preguntó Julia en tono amable. Ya había oído el perfume de Vicky. Era el que había notado en la habitación de Elliot.

Vicky les devolvió la mirada, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. «No. ¿Qué te pongo?».

Julia vio cómo la mandíbula de Sam se tensaba y se apartaba de la barra. «Mamá, voy a buscarnos un sitio». Se alejó.

Julia le dedicó una pequeña sonrisa a Vicky. «Lo siento, está disgustado por lo de Elliot».

Vicky no dijo nada.

Julia le dio el pedido a la joven. Era evidente que Vicky estaba disgustada, y estaba claro que no quería hablar de Elliot. Vicky les sirvió las bebidas sin atender a la mirada preocupada de Julia.

Julia llevó las bebidas a donde estaba sentada Sam.

Sam echaba humo. «No entiendo cómo puede estar tan tranquila. No sabía que tuviera el corazón tan frío».

Julia dijo: «Está enfadada. Se le nota en la cara». Un movimiento en la barra le llamó la atención. «Va al servicio de señoras. La seguiré a ver si consigo que se abra».

Sam emitió un gruñido y cogió su bebida.

Julia se dirigió al servicio y entró. Encontró a Vicky junto al lavabo, con un frasco de pastillas en la mano.

Vicky giró la cabeza cuando oyó el grito de alarma de Julia. «¿Qué? le espetó Vicky.

Julia señaló el frasco. «¿Te estás drogando? ¿En pleno día?».

Vicky arrugó la frente. «¿Drogas? Esto no son drogas». Miró el frasco. «Espera, son una especie de drogas, pero no las que estás pensando. Son analgésicos. Me hice daño en la espalda hace unos años, me caí por unos escalones. El dolor reaparece de vez en cuando, así que llevo esto conmigo». Sonrió un poco a Julia. «También llevo pastillas para dormir. Me cuesta dormir». Abrió el frasco y se echó un par de pastillas en la mano. «Soy como una farmacéutica ambulante con todas estas pastillas».

Julia notó que una lágrima rodaba por la mejilla de Vicky. Metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo limpio. Hoy ya había gastado dos paquetes de pañuelos. Dio un paso adelante y le entregó el pañuelo a Vicky.

Vicky sonrió agradecida y cogió el pañuelo. Tenía la voz ronca cuando dijo: «Por favor, no seas amable conmigo. Y no hables de Elliot. Apenas me sostengo. Ya me derrumbaré más tarde, pero no en el trabajo, no delante de todo el mundo». Se secó los ojos y se miró en el espejo. Volvió a centrar su atención en Julia. «Quería a Elliot, de verdad. Sé que la gente habla de mí. Pero nunca le haría daño».

«¿Conoces a alguien que lo hiciera? ¿Tenía enemigos?»

Vicky negó con la cabeza. «No, era un buen tipo. Pero no había sido él mismo las últimas semanas. Tenía algo en mente, pero no quería decirme qué era. Me di cuenta de que algo le molestaba». Otra lágrima rodó por su mejilla. Se apartó del espejo. «Por favor, no puedo seguir hablando de ello». Sonrió a Julia con dolor y salió rápidamente del baño de señoras.

Julia suspiró y esperó un momento antes de salir también de la habitación.

«¿Y bien?» preguntó Sam cuando volvió a la mesa.

Julia le contó lo que había dicho Vicky.

«¿La crees?» preguntó Sam.

«Creo que su dolor es auténtico. Pero si tuvo algo que ver con la muerte de Elliot, también podría estar sintiendo remordimientos». Julia miró hacia la barra. Vicky se reía con un cliente. Julia volvió la cabeza. «Había algo que molestaba a Elliot. Tú también lo notaste. ¿Qué crees que podía ser? ¿Qué más pasaba en su vida? ¿Con quién se mezclaba?»

Sam pensó un momento. «Lo único que hacía era estudiar y trabajar aquí. No tenía tiempo para relacionarse con mucha gente».

«¿Alguna vez discutió con alguien?»

«No. No era de los que discutían. Ni siquiera le había visto perder los nervios».

Algo tiró de la memoria de Julia. Entrecerró los ojos y trató de concentrarse en ello. Recordó lo que era. «Cuando le vimos anoche, estaba hablando de que no le dieran las cosas en bandeja, o algo así. Tenía cara de enfadado cuando lo dijo y juraría que en ese momento estaba mirando a alguien que estaba detrás de mí».

«¿A quién miraba?» preguntó Sam esperanzado.

Julia suspiró. «No lo sé. No me di la vuelta. ¿Quién estaba aquí ayer cuando estuvimos aquí?».

Sam soltó un fuerte suspiro. «Todo el mundo estuvo aquí en algún momento. No vamos muy lejos, ¿verdad?».

«Terminemos nuestras bebidas y volvamos a tu habitación. Puede que la policía siga allí. Podríamos hacerles algunas preguntas casuales».

«Y si no están, podemos entrar en la habitación de Elliot y echar un vistazo». Sam terminó su

bebida de un largo trago.

«En realidad no deberíamos entrar en su habitación, a la policía no le gustaría», señaló Julia.

Sam la miró incrédulo. «¿Desde cuándo te detiene eso? Mamá, tenemos que hacer lo que sea para encontrar al asesino de Elliot».

Capítulo 10

Julia y Sam volvieron al alojamiento de Sam. Cuando se acercaron al edificio, vieron a un grupo de personas esperando delante de la puerta principal, entre ellas Melissa y su madre.

Sam llamó a un joven: «Gavin, ¿qué pasa? ¿Por qué estáis todos fuera?».

Gavin respondió: «La policía nos ha dicho que salgamos. Están buscando por todas partes. No sé cuánto van a tardar».

Como si nada, se abrió la puerta principal y salió el inspector Thostlewaite. Le seguían un par de agentes uniformados. El inspector bramó: «Ya podéis volver a entrar. Gracias por vuestra paciencia». Se alejó de la puerta.

Se oyeron murmullos y gemidos de la gente que había estado esperando fuera. Empezaron a dirigirse hacia la puerta principal. Sam y Julia les siguieron.

Algo llamó la atención de Julia. Frunció el ceño. Aquí había algo raro. ¿No había estado...? Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre de su teléfono. Contestó. Era su padre.

«Hola, amor», dijo papá de forma alegre. «No podemos dejarte suelta por ahí, ¿verdad? ¿En qué te has metido ahora? ¿Recibiste los enlaces que te envié?».

«¿Los de eliminar maleficios y maldiciones? Sí, los recibí. Papá, no estoy maldito. Sólo parece que estoy en el lugar equivocado en el momento equivocado».

Papá se rió. «Yo diría que estabas en el lugar adecuado en el momento adecuado. Sé que no estás maldito, sólo me reía contigo. Me alegro de que estés ahí con Sam en este momento tan terrible. Que muriera su amigo, sobre todo en circunstancias sospechosas, habría sido difícil para él si no hubieras estado allí. ¿Cómo está?

«Está bien. ¿Quieres hablar con él?»

«Le enviaré un mensaje más tarde. También quería asegurarme de que estabas bien. ¿Ya te has dado a conocer a la policía local? ¿Has hecho tus propias investigaciones? ¿Tienes una lista de sospechosos? Seguro que sí». Volvió a reírse.

Una sombra se cernió sobre Julia y ella levantó la vista para ver al inspector Thostlewaite inspeccionándola. Sus ojos se clavaron en los de ella.

Julia se apartó ligeramente y dijo: «Papá, tengo que irme. Hablaré contigo más tarde. Mañana vuelvo a casa. Entonces te lo contaré todo».

«Sí, hazlo, amor. Cuida de Sam y cuídate tú».

Julia aún podía sentir los ojos del inspector clavados en ella, así que terminó rápidamente la

llamada y guardó el teléfono. Se volvió hacia el inspector y le dedicó una sonrisa radiante.

El inspector Thostlewaite le devolvió un gesto solemne con la cabeza. «Srta. Blake, ¿podría hablar un momento con usted, por favor?»

Julia miró a Sam. Él dijo: «Te esperaré dentro». Se dirigió hacia la puerta principal y entró.

La inspectora Thostlewaite apartó a Julia y le dijo: «¿Qué has averiguado sobre la muerte de Elliot Scott?».

Julia se cruzó de brazos. «¿Por qué iba a averiguar algo? No trabajo para la policía».

La inspectora Thostlewaite la miró fijamente a los ojos y no dijo nada.

Julia se movió de un pie a otro e intentó apartar la mirada. Era imposible. Sentía como si el inspector estuviera utilizando poderes sobrenaturales con ella. Sus mejillas se calentaron mientras él seguía mirándola fijamente.

Al cabo de unos instantes, la inspectora Thostlewaite dijo: «Puedo darte información sobre el señor Scott. Pronto daremos a conocer esta información, así que no hay nada malo en que la conozcas ahora. Sabemos que murió de sobredosis».

«¿Qué? ¿Se suicidó? No». Julia negó con la cabeza.

«Eso parece. El líquido del vaso que encontramos a su lado contenía una fuerte mezcla de analgésicos y somníferos. Era más que suficiente para matarlo».

Los ojos de Julia se abrieron de par en par. Tragó saliva y dijo: «¿Analgésicos y somníferos? ¿Encontraste paquetes o frascos de pastillas en su habitación?».

«No. Pero podría haberse deshecho de ellos en otra parte. O podría haber obtenido las pastillas de un tercero. Seguimos investigando. Hemos tomado declaraciones, pero los alumnos podrían abrirse más a tu hijo. ¿Sabe tu hijo si el señor Scott habló de suicidarse?».

«No. Sam ya ha dicho que Elliot no se habría suicidado».

El inspector suspiró. «Te sorprendería saber cuántos alumnos se suicidan».

«¿Y si no fue un suicidio?» preguntó Julia.

«¿Asesinato? Siempre lo tenemos en cuenta. Aún no tenemos pruebas de que el señor Scott tuviera enemigos». Los ojos del inspector se entrecerraron. «¿Saben algo? Sería mejor que nos lo dijera ahora, señorita Blake».

Julia le contó su conversación con Vicky. Mencionó los analgésicos y los somníferos y el inspector asintió. Julia también le contó lo que Sam y Vicky habían dicho sobre el estado de ánimo de Elliot en las últimas semanas. Añadió que habían oído a Vicky en la habitación de Elliot la noche en que murió, aunque Vicky dijo que no le había visto desde que terminó su turno en el bar.

«Obviamente, Elliot tenía algo en la cabeza, ¿no le parece, inspector?».

«Eso parece. ¿Pero qué? ¿Y tiene algo que ver con su muerte?».

Hubo un momento de silencio mientras ambos consideraban sus preguntas.

Julia dijo: «¿Quieres que hable con los demás alumnos?».

«No».

Su brusca respuesta sobresaltó a Julia.

«No. Señorita Blake, uno de esos alumnos de ahí dentro podría tener algo que ver con la muerte del señor Scott. Preferiría que mantuviera las distancias. La inspectora Clarke me ha hablado mucho de usted y de cómo sigue involucrándose en casos de asesinato. Quiero que nos dejes esto a nosotros y pienses en tu propia seguridad y en la de tu hijo. ¿De acuerdo?»

Julia asintió.

El inspector sonrió. «Gracias por informarme sobre la novia del señor Scott. Ha sido muy útil. Volveremos a hablar con ella. De momento, adiós».

Julia le vio alejarse. Era muy amable por su parte darle las gracias. DI Clarke nunca le daba las gracias cuando le ayudaba.

Volvió a centrar su atención en Elliot. ¿De verdad se había suicidado? Si es así, ¿por qué? ¿Y de dónde sacó esas pastillas? Una sensación de frío recorrió su espalda. Si no se había suicidado, alguien le había preparado aquel brebaje mortal. ¿Sabía siquiera Elliot que su bebida había sido envenenada?

Capítulo 11

Julia encontró a Sam sentado en la cama con la cabeza entre las manos. Se sentó rápidamente a su lado y le preguntó qué le pasaba.

Él apartó las manos de la cara. «Estaba a punto de llamar a la puerta de Elliot y preguntarle si quería ir a tomar algo esta noche. Olvidé que había muerto».

Julia le frotó la espalda y dijo: «Las cosas mejorarán con el tiempo. Sé que la gente siempre dice eso, pero es verdad».

«Sí, ya lo sé. ¿Qué quería el inspector contigo?».

Julia le contó lo que había hablado con el inspector Thostlewaite.

Cuando terminó, Sam dijo: «No se suicidó, alguien lo mató. Alguien le puso esas pastillas en la bebida». Apretó los puños. «¿Pero por qué iban a hacer eso, mamá? ¿Qué le hizo Elliot a nadie?».

«El asesinato nunca puede justificarse. ¿Viste alguna vez a Elliot tomando analgésicos o somníferos?».

Sam negó con la cabeza.

«¿Sería fácil para alguien hacerse con una medicación así? ¿Hay alguna farmacia en el campus?».

«Sí. También tenemos una consulta médica. Todos nos registramos cuando vinimos aquí. Yo nunca he ido al médico, pero hay gente que va siempre».

«¿Como quién?»

«He oído a Melissa quejarse de que estaba resfriada y cosas así. Utiliza cualquier excusa para no limpiar la cocina cuando le toca. La semana pasada se libró cuando Elliot le recordó que era su turno. Dijo que tenía una cita con el médico a la que no podía faltar. Elliot echó humo y acabó limpiando él mismo la cocina».

«Qué interesante. Por lo que he visto esta mañana, Melissa no parece muy popular entre los demás alumnos. ¿Cómo se llevaba con Elliot?».

Sam se encogió de hombros. «Elliot nunca dijo nada, pero era evidente que no le caía bien. Creo que se debía a que siempre bromeaba diciendo que no iba a clase ni hacía los deberes. Creo que eso molestaba a Elliot porque se esforzaba mucho en sus estudios. Melissa es molesta, no hablo con ella si puedo evitarlo».

«¿Qué opinaba Melissa de Elliot?».

Sam soltó una pequeña carcajada. «Le tenía manía cuando llegamos aquí. Le gustaba, pero Elliot no le daba ni la hora. ¿Por qué lo preguntas?

«¿Recuerdas lo que dijo Melissa de que su madre había oído a Vicky en la habitación de Elliot? Vicky dijo que no había visto a Elliot después de que anoche acabaran sus turnos en el pub. Pero Melissa dijo que Vicky estaba en la habitación de Elliot. Sólo tenemos la palabra de Melissa. Podría estar intentando inculpar a Vicky».

Sam se irguió más. «¿Qué? ¿Crees que Melissa mató a Elliot? ¿Y ahora intenta inculpar a Vicky? ¿Por qué?

«Melissa podría estar celosa de Vicky. Quizá fue a la habitación de Elliot y se le tiró encima. Él pudo negarse y Melissa quiso vengarse».

«No estoy segura, mamá. Suena demasiado dramático».

«Suele ocurrir», le dijo Julia. «No sabes qué pastillas podría haber cogido Melissa en la farmacia». Miró más de cerca a su hijo. «Pareces cansado. ¿Por qué no te echas un rato?».

Sam bostezó. «Creo que lo haré. ¿Qué vas a hacer? ¿Te quedarás en mi habitación?» La miró esperanzado.

Julia se levantó. «Claro que me quedaré». Echó un vistazo a su ordenada habitación. «Puedo echar un vistazo a algunos de tus libros. Me gustaría saber qué estás estudiando».

Sam le dedicó una sonrisa cansada. «Gracias por estar aquí, mamá. Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Julia se sentó ante su escritorio y lo observó durante un rato. Al cabo de unos minutos, Sam estaba roncando. Julia se fijó en uno de los libros de historia de Sam. Hojeó las páginas y se detuvo en una que parecía interesante. Leyó unos instantes, pero no conseguía concentrarse. Si Melissa había matado a Elliot, Julia quería que la detuvieran cuanto antes. No quería a una asesina cerca de su hijo.

Cerró el libro y se levantó. Recogió en silencio el bolso y el abrigo. Dudó. No quería que Sam se asustara si se despertaba y ella no estaba allí. Garabateó una nota para decirle que no tardaría. Hecho esto, salió silenciosamente de la habitación.

Salió del edificio y se dirigió a un mapa del campus que había en un poste del camino. Estudió el mapa y encontró la ubicación de la farmacia.

Mientras se dirigía en esa dirección, esperaba que el farmacéutico fuera una de esas personas encantadoras a las que les gustaba charlar, y tal vez entablar con ella algún cotilleo inofensivo.

Capítulo 12

El plan de Julia no salió como ella quería. El hombre que estaba detrás del mostrador de la farmacia quería charlar, pero no quería escuchar.

En cuanto Julia cruzó la puerta, empezó: «¡Hola! Tú debes de ser la madre de Sam. Al principio pensé que eras una estudiante madura, pero luego pensé: no, no es de las que estudian. Entonces te vi con el joven Sam y pude ver el parecido».

Julia interrumpió: «Sí, soy la madre de Sam. Me preguntaba...»

«¡Bueno! ¿Qué te parece este asunto del asesinato? Pobre Elliot. ¡Qué conmoción! ¡Qué tragedia! La policía ha recorrido toda esta universidad. Nunca he visto nada igual y llevo treinta años trabajando aquí». Se subió más las gafas por la nariz y abrió la boca para continuar.

Julia intervino: «La policía cree que Elliot podría haber sido...».

«¿Envenenado? Sí, lo sé. Estuvieron aquí preguntándome por somníferos y demás. Pobre Elliot. Pobrecito. Su familia estará muy angustiada. Era un chico encantador. Nunca hablé con él, pero le veía por la casa. Trabajaba en el pub de allí. Nunca fui, pero...».

Julia alzó la voz y volvió a interrumpirle: «¿Qué le dijiste a la policía sobre los somníferos? ¿Tenía algo que ver con Melissa?». Hizo una pausa. No sabía el apellido de Melissa.

El químico sí. «¿Melissa Bray? No. Pero viene aquí muy a menudo. Debería darle una tarjeta de fidelidad». Se rió entre dientes. «¿Qué opinas de las tarjetas de fidelidad, mamá de Sam? ¿Las utilizas alguna vez? Yo tengo una para el supermercado, pero siempre se me olvida llevármela. ¿No es siempre así? ¿Cómo le van los estudios al joven Sam?».

Julia se tragó su impaciencia. «Le va bien, gracias. ¿Alguna vez le diste somníferos a Melissa Bray?».

El químico miró a izquierda y derecha. Julia no sabía por qué sentía la necesidad de hacerlo, ya que la tienda estaba vacía. Se inclinó sobre el mostrador y le hizo un gesto para que se acercara. «Deja que te cuente algo sobre Melissa Bray y sus somníferos».

Julia imitó su postura y se inclinó más hacia él. «¿Sí?»

Ambos se sobresaltaron cuando una sirena resonó en el aire. Miraron hacia el escaparate.

«Es la policía otra vez. No me digas que han encontrado otro cadáver». El farmacéutico soltó una mueca y sacudió la cabeza. «Esto parece la central de los asesinatos. ¿Adónde se dirigen? Inclinó el cuello.

Julia se acercó a la puerta para ver mejor. Vio que el coche de policía se detenía delante de un

bloque de viviendas. Se le heló la sangre.

El químico maldijo en voz alta y proclamó: «¡Ayudadnos a todos! Se dirigen al bloque de tu Sam».

Julia ya salía corriendo por la puerta.

Capítulo 13

Julia corrió por el camino que llevaba al bloque de alojamiento. Dijo en voz alta: «¡Por favor, que se ponga bien! Por favor, que se ponga bien».

Un agente de policía uniformado mantenía abierta la puerta principal y Julia se precipitó a través de ella antes de que pudiera detenerla.

Casi se desmaya de alivio cuando oyó la voz de Sam. Corrió a su habitación y vio que estaba llena de gente.

Sam estaba de espaldas a ella y gritaba: «¡Yo no he hecho nada! Todo es mentira».

Un policía le retenía. Un hombre desconocido se enfrentaba a Sam. También lo retenía un policía.

El hombre desconocido gritó: «¡Te he visto! Te vi en la habitación de Elliot aquella noche. Le mataste, sé que lo hiciste. Y sé por qué».

Un hombre habló detrás de Julia: «Ah, señorita Blake. Nos volvemos a encontrar».

Julia se volvió para mirar a la inspectora Thostlewaite. Señaló hacia la habitación de Sam. «¿Qué ocurre? ¿Por qué están aquí tus agentes? ¿Y quién es ese hombre que grita a mi hijo?».

«Una pregunta cada vez, por favor, señorita Blake. Nos han llamado porque una alumna ha oído gritos procedentes de la habitación de tu hijo. Le preocupaba que hubiera otro asesinato. Acabo de llegar, así que no estoy segura de lo que está pasando. En cuanto al hombre que mira a tu hijo, no sé quién es».

«Es mi ex novio». Melissa Bray apareció detrás de Julia. Julia notó la expresión de suficiencia en su rostro. Melissa continuó. «Se llama Connor Mitchell. Y fui yo quien llamó a la policía. Nunca se es demasiado precavido, ¿verdad?».

Connor Mitchell gritó desde la habitación: «¡Melissa! Cuéntales lo que está pasando».

Melissa parecía confusa, pero Julia vio un brillo en sus ojos. «Connor, no sé de qué estás hablando».

«¡Mentirosa! Ya sabes lo que pasa. Has tenido una aventura con esa escoria. Y tú tuviste una aventura con esa escoria muerta». Connor señaló con la cabeza a Sam. «Y éste asesinó al otro para tenerte toda para él».

«¡No lo hice!» Sam intentó avanzar, pero fue retenido por el policía.

«¡Yo te vi! Anoche vi tu silueta contra la ventana de ese tal Elliot. Estabas discutiendo con él».

El inspector Thostlewaite levantó la mano. «Tendremos menos gritos, gracias. Señor Mitchell,

¿qué vio exactamente y dónde estaba en ese momento?».

Connor Mitchell miró directamente al inspector. «Estaba en ese trozo de hierba de fuera, justo al lado de la habitación de Elliot. Le estaba vigilando. Vi lo amistoso que se hacía con mi Melissa y su familia. Siempre charlando entre ellos. Melissa rompió conmigo hace unos meses, pero sé que estamos hechos el uno para el otro. Sé que tiene que ver a otros hombres hasta que decida volver conmigo. Estaba vigilando la habitación de Elliot desde fuera. Era la una de la madrugada y le vi -señaló con la cabeza en dirección a Sam- junto a la ventana. Las cortinas estaban echadas, pero vi su silueta».

«¿Podría haber sido cualquiera!» estalló Sam. Miró a Julia por encima del hombro. Se sorprendió al verle sangre en la nariz. «Mamá, es todo mentira. Estaba durmiendo la siesta cuando ese idiota irrumpió en mi habitación y empezó a darme puñetazos». Sam se fijó en Melissa. «¿Por qué no le dices a todo el mundo la verdad en vez de quedarte ahí parada? No hemos tenido ninguna aventura. Y tú nunca has tenido una aventura con Elliot».

Julia miró a Melissa. La joven parecía estar disfrutando demasiado. «¿Y bien? ¿Cuál es la verdad, Melissa?» preguntó Julia.

Melissa se limitó a encogerse de hombros y dijo: «No puedo evitar que le guste a todo el mundo. He visto cómo me mira Sam».

Con un rugido, Connor Mitchell se soltó del agente y se abalanzó sobre Sam.

Se produjo un pandemonium y la gente se abalanzó sobre él. La inspectora Thostlewaite ladró órdenes en vano. Melissa observaba la acción con los brazos cruzados y una expresión de regocijo en el rostro.

Al cabo de unos minutos se restableció el orden. El inspector Thostlewaite dijo: «Bien, vamos a arreglar esto en comisaría. Señor Blake y señor Mitchell, venid con nosotros. Y la Srta. Melissa Bray, tú también vienes». Miró a Julia. «Sra. Blake, no vendrá con nosotros. Quédate en esta habitación. Cierra la puerta. Te llamaré más tarde».

«Pero yo...» empezó Julia.

«No», contestó la inspectora Thostlewaite.

«Pero tú...»

«No.»

Sam fue escoltado junto a Julia. Intentó sonreír. «Mamá, no pasa nada. No tengo nada que ocultar. Todo se arreglará».

Julia le devolvió una débil sonrisa y vio cómo se llevaban a Sam y a los demás.

¿Qué iba a hacer ahora?

Capítulo 14

Julia entró en la habitación de Sam y se paseó por el suelo.

¿Qué le pasaba a Melissa? ¿Por qué mentía? ¿Tenía algo que ver con la muerte de Elliot? Julia se retorció las manos. Tenía que hacer algo. Tenía que olvidarse del asesinato de Elliot. Limpiar siempre ayudaba a calmarla, pero en la habitación de Sam no había nada que limpiar.

Se detuvo y dijo: «¡La habitación de Elliot! Podría limpiarla. O al menos ordenarla». Sacó el teléfono y la tarjeta que le había dado el inspector Thostlewaite.

El inspector contestó al segundo timbrado.

«Hola, soy Julia Blake. Me preguntaba si...»

«No», la interrumpió.

«No voy a ir a comisaría, quería preguntarte si...».

«No.»

«¿Puedo ordenar en la habitación de Elliot?» gritó Julia.

El inspector ya había terminado la llamada.

Julia miró molesta el teléfono. «De acuerdo. Muchas gracias por escucharme».

Se golpeó el teléfono contra la barbilla y pensó qué hacer. Podría echar un vistazo a la habitación de Elliot. Podría ver si había alguna pista que pudiera ayudar a la policía. Sabía de corazón que la policía había sido meticulosa, pero eso le daría algo que hacer. Decidió que si la cinta policial seguía en la puerta de Elliot, no entraría.

Y si la puerta estaba cerrada, tampoco podría entrar.

Julia salió de la habitación de Sam y se dirigió a la de al lado.

La cinta policial había desaparecido.

Probó el picaporte.

La puerta se abrió.

Pensó que podría entrar. Sólo un momento.

Entró en la habitación y una oleada de tristeza la invadió al recordar la última vez que había estado aquí. Se acercó al escritorio de Elliot y vio algunos libros en el suelo. Uno de ellos era el mismo libro de historia que tenía Sam, el que Julia había estado leyendo antes.

Julia cogió el libro y hojeó las páginas. Elliot había escrito a lápiz en los márgenes. Julia sonrió con tristeza. Todo el trabajo que había hecho, todas las esperanzas y los sueños que había

tenido... todo se había esfumado.

Una de las notas manuscritas llamó su atención. Frunció el ceño. ¿Qué tenía que ver con la historia? Miró las demás notas. Aquello era extraño.

Julia se sentó en el escritorio de Elliot y volvió al principio del libro. Leyó las notas que no hacían referencia a ningún aspecto de la historia. Elliot había estado investigando por su cuenta. Algo relacionado con las tasas universitarias y la gente que no tenía que pagarlas.

Siguió leyendo. Había notas sobre prestaciones que la gente podía solicitar, notas en concreto sobre prestaciones por discapacidad.

¿Por qué iba a interesarle eso a Elliot? ¿Era discapacitado? ¿Había algún miembro de su familia discapacitado?

En otra página había unos cálculos. Julia silbó suavemente cuando vio cuánto dinero podían solicitar algunas personas. Era una suma considerable. No le parecía justo. Tenía clientes que reclamaban con razón la prestación por incapacidad y aun así luchaban por llegar a fin de mes.

Elliot había escrito unas palabras que Julia no reconoció. Parecían medicamentos de algún tipo. Tecleó las palabras en su teléfono. Volvió a silbar cuando vio que eran nombres de analgésicos potentes y pastillas para dormir. También había un breve artículo en Internet sobre ellas y sobre cómo se vendían a particulares por una buena suma.

Julia levantó la vista del libro. ¿Estaba Elliot vendiendo pastillas a alguien? ¿O había descubierto que las vendía otra persona? ¿Y qué era eso de la pensión de invalidez?

En la mente de Julia empezaron a encajar piezas de información. No le gustaba la imagen que estaban formando.

Melissa había dicho que su madre había oído a Vicky en la habitación de Elliot la noche anterior.

Connor Mitchell había dicho que había visto a la familia de Melissa charlando con Elliot. La única familia que visitaba a Melissa en ese momento era su madre.

Julia recordó de repente lo que le había estado molestando antes.

Cuando Julia había visto ayer a la madre de Melissa en la cocina, se apoyaba mucho en el bastón y cojeaba de la pierna derecha. Cuando Julia las había visto a ella y a Melissa volviendo al edificio hacía unas horas, la madre de Melissa cojeaba de la pierna izquierda.

Connor dijo que había visto la silueta de Sam contra las cortinas de la habitación de Elliot. La madre de Melissa era corpulenta. ¿Connor había confundido a la madre de Melissa con Sam?

Julia dio un respingo cuando alguien tosió detrás de ella. Giró lentamente la cabeza para mirar a la persona.

La madre de Melissa estaba justo detrás de ella. Señaló con la cabeza el libro que tenía delante y dijo: «Parece que has encontrado algo interesante».

Capítulo 15

Julia se levantó de un salto e intentó correr hacia la puerta. La madre de Melissa la agarró por detrás de la camisa y la hizo girar. «No salgas corriendo ahora, quiero saber qué has averiguado. Por tu cara veo que has descubierto algo».

Julia intentó zafarse de su agarre. «¡Suéltame!»

La madre de Melissa no soltó a Julia. «No vas a ir a ninguna parte, Julia. No te sorprendas, Melissa me ha dicho tu nombre. Ayer no nos presentamos, ¿verdad? Soy Patricia. Creo que deberíamos charlar un poco». Volvió a empujar a Julia a la silla que acababa de dejar libre. Patricia se rió de su expresión. «Sé lo que estás pensando, soy más fuerte de lo que parezco. Interpreto muy bien a la mujer discapacitada. Llevo años haciéndolo».

Patricia bajó a la cama de Elliot y apoyó las manos en su bastón. «Adelante entonces, Julia, pregúntame».

Julia estudió a la mujer. Parecía más grande que ayer. A Julia no le gustó la cara de suficiencia que tenía. Era idéntica a la de su hija. Era una mirada que decía que podía salirse con la suya. Julia se aclaró la garganta y dijo: «¿Mataste a Elliot?».

«Sí. Sabes que lo hice. Siguiente pregunta».

«¿Por qué?»

«Creo que también sabes la respuesta».

«¿Descubrió que reclamabas una discapacidad que no tenías?».

Patricia le dedicó una sonrisa, como si estuvieran compartiendo un secreto. «Sí que lo descubrió. Mi tonta hija se lo confesó una noche de borrachera hace unas semanas. Creo que intentaba impresionarle. Se sintió muy ofendido por lo que hacía. Bendito sea su pobre corazón muerto». Se encogió de hombros. «¿Por qué no iba a reclamar? Es mejor que trabajar. Consigo muchas pastillas que puedo vender. Y me ayudaron con las tasas universitarias de Melissa. A Elliot no le gustó nada. Se lo tomó como un insulto personal».

Julia recordó algo que el farmacéutico había empezado a decir sobre Melissa y las pastillas. «¿Melissa vendía algunas de tus pastillas a los otros estudiantes?».

«Sí. Sacó bastante beneficio. Es una buena chica. Incluso engañaba a los médicos de aquí para que le dieran más. Siguiente pregunta».

«Sigo queriendo saber por qué mataste a Elliot».

Sin dejar de sonreír, Patricia dijo: «Iba a hablar de nosotros a la universidad. Dijo que no era

justo que Melissa tuviera educación gratuita, que ni siquiera quería estar aquí. Y también iba a denunciarme al gobierno. Le ofrecí darle una parte de nuestros beneficios, pero no le interesó. Idiota. Dijo que prefería trabajar duro y ganar dinero honradamente».

«¿Estuviste anoche en esta habitación con Elliott?»

«Llevo unas cuantas noches en la habitación de Melissa. La universidad me dejó, con lo discapacitada que soy y todo eso». Enarcó las cejas de forma dramática. «Planeaba matar pronto a Elliot. Sabía que no entraría en razón y se callaría lo mío con Melissa. Y me estaba poniendo de los nervios con sus lloriqueos y amenazas. Antes de venir a esta habitación anoche, telefoneé a ese ex de Melissa y me inventé una historia sobre tu hijo yendo a por Elliot porque quería a Melissa para él. Ya le había metido la idea de Sam en la cabeza, así que fue a él a quien creyó ver cuando espiaba a Elliot desde fuera».

«¿Cómo lo mataste?»

Patricia suspiró. «Eso ya lo sabes. Puse una buena mezcla de pastillas en su bebida cuando no miraba. La policía nunca encontrará las pastillas que utilicé. Elliot habría caído en un sueño profundo antes de morir. No habría sentido dolor».

«¡Eso no significa que esté bien!» gritó Julia. «Le asesinaste, no te había hecho nada. Y estás quitando dinero del gobierno a gente que lo necesita de verdad».

«Ese no es mi problema. Pero Elliot sí lo era. Iba a chivarse a todo el mundo. Tengo tres hijos más que necesitan que los cuiden. No voy a pagar por su manutención cuando puedo conseguir que el gobierno pague por ellos». Patricia se puso en pie. «De todos modos, Julia, no puedo sentarme aquí a charlar todo el día. Cuando me haya librado de ti, llamaré a la policía y les diré que oigo gritos procedentes de la habitación de Elliot. Pensarán que el verdadero asesino de Elliot sigue suelto». Rebuscó en el bolsillo, sacó una botella y la roció. Sonrió a Julia. «Es el perfume de Vicky. Lo roció aquí anoche. Ahora la policía irá a por ella. Dejarán marchar a tu chico».

La sonrisa de Patricia se apagó, levantó el bastón y se abalanzó sobre Julia. Julia estaba preparada. Se levantó de un salto, cogió la silla en la que estaba sentada y la levantó delante de ella.

El bastón de Patricia se estrelló contra la silla. Se oyó un crujido y el bastón se rompió. Pequeñas bolsas de pastillas de colores brillantes cayeron al suelo.

Patricia maldijo y gritó: «¡Mira lo que has hecho! Han caído por todas partes». Dirigió el extremo roto del bastón hacia Julia.

Con toda la fuerza de que era capaz, Julia giró la silla y golpeó a Patricia en el costado.

Patricia gritó y cayó al suelo. Julia se colocó sobre ella, con la silla levantada entre las manos. «¡Esto es por Elliot!» declaró Julia. «¡Y esto es para mi hijo!»

«¡Baja la silla!», retumbó una voz.

El inspector Thostlewaite entró en la habitación y arrancó la silla de las manos de Julia. La depositó en el suelo. «Ya basta, señorita Blake. Usted no quiere asesinar a nadie».

«¡Sí quiero!» replicó Julia. Señaló a Patricia con un dedo tembloroso. «¡Mató a Elliot! Y mira todas las pastillas que hay en el suelo. Las utilizó para matarlo».

El inspector Thostlewaite alargó la mano y cogió la de Julia, que temblaba. Con voz tranquila, dijo: «Lo sabemos. Ya estábamos investigando a Patricia Bray y sus estafas».

«Entonces, ¿por qué no me lo dijisteis? chilló Julia. «Podríais haberme avisado».

Las cejas de la inspectora Thostlewaite se alzaron. «¿Te dije o no te dije que te quedaras en la habitación de Sam y cerraras la puerta?».

Julia intentó apartar la mirada. «Puede que mencionara algo, no lo recuerdo bien».

El inspector suspiró. «Deberías hacer caso a la policía. Sabemos lo que hacemos. Te tomaremos declaración más tarde. Tu hijo está en su habitación. Necesita a su madre». Le soltó la mano.

Julia dijo: «Melissa también está en esto».

«Lo sabemos».

«Y ha estado vendiendo pastillas a los alumnos».

«Lo sabemos».

«Y Elliot ha escrito información en su libro de texto sobre todo ello». Julia señaló el libro.

«No lo sabíamos. Gracias».

A Julia no se le ocurrió nada más que decir. Le dedicó una pequeña sonrisa al inspector. «Hasta luego, entonces».

«Desde luego que sí, Srta. Blake. De momento, adiós». El inspector la empujó suavemente hacia la puerta.

Capítulo 16

«Ya puedes soltarme».

«Todavía no. Necesito unos segundos más».

Julia miró a su padre. «Sólo llevo fuera dos días».

Su padre le dio un último apretón y luego la soltó. «Sé que sí, cariño. Pero te atacó un maníaco con bastón». Estudió su rostro. «¿Seguro que estás bien? ¿Y Sam está bien?»

Julia asintió. «Ya está todo resuelto. La policía se está ocupando de todo. Sam está bien y yo también. Fue horrible dejar a Sam, pero vendrá a vernos dentro de unas semanas». Sonrió. «No hacía falta que vinieras a la comisaría a recogerme. Podría haber cogido un taxi».

Papá enarcó las cejas. «¡No puedo dejar que mi preciada carga viaje en taxi!».

«¿Carga? ¿Te refieres a mí o a tus galletas?».

Papá se rió entre dientes. «Del shortbread, por supuesto. Por mí, puedes volver a casa andando. Entrégame el shortbread».

Julia rebuscó en su bolso. «Menos mal que sé que estás de broma, papá. Sacó una caja con estampado de tartán y se la entregó.

«Claro que estoy de broma, amor. No he podido dormir desde que me enteré del asesinato en la universidad de Sam. Tuve la tentación de coger el siguiente tren, pero tu madre me lo impidió. Parece creer que ya eres mayor y que puedes cuidar de ti misma». Le plantó un beso en la coronilla. Sacudió la caja de galletas. «¿Has comido un poco?

«Sólo la mitad. El viaje ha sido largo».

«Menos mal que te quiero tanto». Le pasó el brazo por los hombros mientras caminaban hacia la salida de la estación de tren de Leeds. «Julia, ¿intentarás mantenerte alejada de la gente a la que asesinan? Se está convirtiendo en un hábito peligroso».

«Lo intento, papá, pero me siguen pasando estas cosas».

«Esfuérzate más», le dijo papá.

Julia suspiró. «Lo haré, papá. Te lo prometo».